

**CUANDO**



Mary Grueso



Delia Zapata



Judith Pinedo



Juana Ruiz

**ÉRAMOS**

**NIÑAS**



Aurora Vergara



Danny Ramírez

**HISTORIAS DE SEIS AFROCOLOMBIANAS  
QUE HICIERON REALIDAD SUS SUEÑOS**

**Dejusticia**

Centro de Estudios de Derecho, Justicia y Sociedad, Dejusticia  
Calle 35 No 24-31, Bogotá, D.C.  
Teléfono: (57 1) 608 3605  
Correo electrónico: [info@dejusticia.org](mailto:info@dejusticia.org)  
<https://www.dejusticia.org>



Licencia Creative Commons 4.0 Internacional  
Atribución - No Comercial - Compartir Igual  
Puede ser descargado gratuitamente en <https://www.dejusticia.org>

ISBN Versión digital: 978-628-7764-57-6  
DOI: <https://doi.org/10.51438/DJcuartas2026>

Edición de textos: Mariana Escobar Roldán  
Corrección de estilo: Diego Zambrano Benavides

Periodistas:  
Pilar Cuartas Rodríguez  
Mariana Escobar Roldán  
Beatriz Valdés Correa  
Diego Zambrano Benavides

Diseño y diagramación: Laura Zambrano Pabón

Ilustraciones: Yeraldina Marquez Garcia

Impresión: Guiarte Publicidad

# INTRODUCCIÓN

*Te habrás preguntado qué hizo extraordinarias a las mujeres afrodescendientes más importantes de la historia reciente.*

Antes de que Rosa Parks desafiara las estructuras de poder racistas en los Estados Unidos de 1955 —con el valiente acto de negarse a ceder su asiento en un bus a una persona blanca, como exigían las leyes que separaban a las personas por su color de piel y les impedían a las negras ser lo que quisieran ser—, esta costurera de Alabama fue una niña que soñó con un mundo distinto para las mujeres como ella.

*Las seis mujeres que retratamos en este pequeño libro vivieron procesos similares.* Para que Mary Grueso se convirtiera en una importante poeta y profesora, tuvo que sonrojarse un poco por ir a la escuela siendo ya una adulta; para que Aurora Vergara fuera la primera afrocolombiana en ser ministra de Educación, tuvo que quemarse las pestañas estudiando en un contexto de mucho racismo y olvido estatal, y para que Delia Zapata llevara el folclor popular a los grandes teatros, tuvo que intentarlo una y mil veces, como quien no sabe bailar.

Tú, que apenas comienzas a explorar este mundo repleto de belleza, pero también de injusticias: *¿Qué te genera inconformidad en el lugar donde vives? ¿Qué vas a hacer para seguir siendo una mujer extraordinaria?*



## Una poeta que cree en las muñecas negras y el amor

Por: Pilar  
Cuartas  
Rodríguez

Cuando era niña, Mary le pedía a Dios que le regalara una muñeca, una muñeca negra que se viera como ella: con piel color carbón y ojos chocolate. Pero en Guapi (Cauca), donde vivió desde los dos años, no había algo así.

En ese lugar, en el Pacífico sur, por donde Colombia casi se encuentra con Perú y Ecuador, las casas de madera parecían flotar sobre el agua, y cuando las canoas se movían por los ríos, la gente podía sacar la mano con una vasija para tomar agua y calmar la sed. El sabor de la fruta del naidí, el olor del tapado de pescado seco y el sabor de los camarones todavía hoy la llevan de vuelta a su casa.

También vuelve a casa cuando recuerda los días en los que se reunía con sus amiguitos a jugar con muñecas hechas de racimos de plátano o de pan. Las bautizaban con agua de río y luego las partían en tantos pedazos como invitados a la ceremonia, para comérselas. Después venían la música, los arrullos, las rondas y el baile: “*Súbanla, súbanla, la niña va pa’ la cuna y va pa’ la cuna*”.

## LAS CARAS DEL AMOR

El amor es todo para ella, ese que permanece a pesar de la ausencia y se abre como una concha de par en par en la orilla del mar. Mary se casó a los 23 años estando enamorada, no por imposición, algo no muy común en aquella época. Su esposo, un matemático y físico que era profe de la escuela La Normal de Guapi, fue quien la inscribió en el colegio a los 28 años para que se hiciera bachiller. Lo hizo a escondidas y sin pedirle permiso. “Usted no se da cuenta de lo inteligente que es”, le dijo él cuando le contó que ya estaba matriculada.

La verdad es que a Mary le avergonzaba la idea de ir al colegio con niñas que podían ser sus hijas, por esa falsa idea que a veces nos dicen: “Ya es tarde para...”. Pero eso cambió una vez ingresó al salón de clases. Allí también encontró el amor. Estudiando rodeada de niñas con la mitad de su edad y con diferencias propias de las brechas generacionales, conoció a una de sus mejores amigas: Beatriz.

Mary no pudo parar de estudiar, quería saber más y más. Estudió para ser licenciada



*Mary Grueso*

en Español y Literatura, y se especializó en Enseñanza de la Literatura y en Lúdica y Recreación para el Desarrollo Social y Cultural. Ha sido profesora de colegios y universidades y su mayor pasión, además de escribir, es enseñar. Ha recibido también diferentes reconocimientos, entre ellos el de ser la primera persona negra en ocupar un puesto en la Academia Colombiana de la Lengua en sus 154 años de historia.



“Para los negros es un avance muy grande que hayamos podido abrir esa puerta; entré yo y atrás vendrán otros. Nuestra literatura ha sido tomada como de la periferia, no como del núcleo universal. Pero a mí me gusta escribir de mi comunidad y de mi región”, cuenta Mary, quien además es mamá de dos hijos y abuela de dos nietos.

## **EL SUEÑO QUE SE VOLVIÓ POEMA**

Ser madre y abuela hoy la remite al día en que tuvo por fin su soñada muñeca negra. Entonces, su mamá sacó sus dotes de modista y le cosió una de trapo con sus propias manos, a punta de aguja, hilo y tijera. Fue uno de los días más felices; se había cumplido su sueño.

Años después, Mary convirtió esa historia en un poema, y luego en un cuento.

*“Yo muy tristecita  
me fui a llorá a un rincón  
porque quería una muñeca  
que fuera de mi color.  
Mi mamá muy angustiada,  
de mí se apiadó  
y me hizo una muñeca  
oscurita como yo”.*



Hoy tiene 79 años, es una reconocida poeta, escritora y narradora oral, ha escrito ocho libros y, aun siendo una mujer adulta, sigue coleccionando muñecas negras. Ya perdió la cuenta de cuántas tiene, pero la acompañan a donde va declamando su poesía o enseñando literatura. Le recuerdan a su niñez, al amor de su familia y a sus raíces negras.

Cuando está feliz, ríe mucho. Sus nietos le preguntan si no se le “encalambran” los cachetes porque vive “reída”. Está acostumbrada a que la quieran; por eso, cuando alguien no lo hace, le resulta fácil apartarse, porque el amor en el que ella cree es recíproco, ese en el que ambas partes se eligen y lo demuestran. Cuando está triste, escucha música: baladas o boleros. Estar enferma la entristece. A su edad, el cuerpo no se mueve con la facilidad que ella quisiera y le duelen las piernas. “El espíritu no está conforme con la materia”, afirma mientras retumba su carcajada.

A las niñas que leen estas páginas, Mary les dice que se autorreconozcan: ¿quiénes son?, ¿niñas negras, mestizas o blancas?, ¿qué cualidades tienen y qué sueñan? Les pide que tengan fe en que son capaces y las anima a ser creativas, a leer mucho y escribir sus propias historias. Las de ella han estado contadas a través de manglares, gaviotas, chorlitos y mariposas y atravesadas por el olor de los chontaduros y las cocadas con queso.

**Y si tú, querida lectora, escribieras una historia,  
¿qué contarías?**



**DELIA  
ZAPATA OLIVELLA**

## La guardiana del movimiento folclórico

Por: Beatriz Valdés Correa

La niña Delia no podía quedarse quieta. Andaba de aquí para allá, y si se sentaba, la mecedora no dejaba de moverse. Su madre pensaba que ese, el movimiento, sería su gran problema en la vida. Pero pasó justo lo contrario: terminó por convertirse en su gran virtud y su legado.

Nació en Lorica el 1 de abril de 1926 y creció en Cartagena, en el barrio Getsemaní, como parte de una familia particular: un padre maestro y actor de teatro, un linaje materno de médicos y una herencia triétnica. Delia, “Yeya” o “Yeyita”, como le decían, creció yendo, de la mano de su madre, a los cabildos en Cartagena: esas celebraciones que preservan las prácticas africanas en medio de celebraciones y rituales, y que nacieron en el siglo XVII como asociaciones comunitarias de africanos esclavizados. Fue a esas fiestas cada noviembre para ver a las reinas negras de los barrios desfilar a la Plaza Mayor, y bailó el Son de Negro y el Congo en la comparsa de cada cabildo, aunque no fuera el de su barrio.

Aunque la danza marcaba sus pasos, Delia decidió que quería ser médica. Su hermano Manuel, médico y cómplice, acordó llevarla a inscribirse a la carrera de Medicina en Bogotá, pero en su lugar, la llevó a la Escuela de Bellas Artes.

Así, Delia Zapata Olivella hizo la carrera de Artes Plásticas y se decantó por la escultura, incluso ganando un premio en Barranquilla en 1954. Pero la danza la llamó y junto a su hermano Manuel decidió crear el Conjunto de Danzas Folclóricas Delia Zapata Olivella con bailarines nativos de distintos pueblos. Delia creó un espectáculo que viajó por el río Magdalena, se mostró en el Teatro Heredia de Cartagena y, finalmente, se presentó en el Teatro Colón en Bogotá, un espacio acostumbrado a la ópera, el ballet y el teatro clásico. Delia abrió un camino: por primera vez se presentó en el Teatro Colón un espectáculo de danzas folclóricas afrodescendientes e indígenas; por primera vez una persona negra danzaba en esas tablas y, además, dirigía el espectáculo.

La función generó tantas preguntas sobre las danzas y sus historias que Delia y Manuel se dedicaron a investigar, de pueblo en pueblo, para poder responderlas. “Yeya” pensó

*Delia Zapata Olivella*

que podían comenzar en el Pacífico, donde, le parecía, el mestizaje había sido menor que en el Caribe. En cada pueblo alquilaban un lugar para vivir y ponían dos avisos: Médico y Costurera. Manuel atendía consultas y Delia se pasaba el día cosiendo trajes para financiarse, y en las tardes compartía con los campesinos y campesinas, que hablaban sobre sus danzas y les explicaban el movimiento. Al tiempo, ella iba dibujando en su cuaderno cómo era el movimiento de las manos, de los pies o de la cadera, y también cuál era la vestimenta de cada baile y cómo se hacía la fiesta. Lo mismo pasó en el Caribe.

En 1957 paró la investigación porque Delia se fue de gira por Europa con su grupo de danzas. El viaje empezó en París y continuó por la Unión Soviética y hasta por China.



En los años siguientes, los hermanos siguieron de “vagamundos”, como decía ella, por todos los pueblos negros e indígenas, y Delia, al tiempo,

se empeñó en la enseñanza de la danza. Su grupo se fue convirtiendo en escuela.

Creó su propia metodología partiendo de todo el conocimiento que había recopilado. Consideraba la danza como un ritual en el que existe un ritmo interno, donde están las emociones, y que se mueve entre el ombligo y el cerebro, y un ritmo externo, la música. Y luego, toda la técnica, porque la cadera no se mueve igual en una cumbia que en un bullerengue, ni la falda se agarra igual en todos los bailes. Delia creó el Grupo de danzas de la Universidad Nacional de Colombia, y luego, en 1976, formalizó su enseñanza cuando, junto a su compañera Rosario Montaña Cuéllar, creó la Licenciatura en Danzas y Teatro de la Universidad Antonio Nariño de Bogotá. Ese año también creó formalmente la Fundación Instituto Folclórico Colombiano Delia Zapata Olivella.

Delia era una presencia imponente. Usaba sus collares yoruba de cuentas de colores, caracoles y dijes grandes, que representan la conexión espiritual con los Orishas o deidades de la religión yoruba, originaria de África, y conservaba su acento cartagenero. No era brava, pero era seria y



### *Delia Zapata Olivella*

determinada. Se propuso hacer que todo el país conociera las danzas folclóricas, porque no se ama lo que no se conoce. Y quería que ese amor naciera de la historia y el sentimiento de cada una. “Mucha gente piensa que porque no estoy haciendo moderno, estoy estancada. Pero si yo no me hubiera dedicado a proteger el folclor durante tantos años, hoy no existiría nada”, dijo una vez en una entrevista. Y lo inmortalizó. En 1995 volcó la mitad de sus investigaciones en el Manual de Danzas Folclóricas de la Costa Pacífica de Colombia, y en 2005, su hija Edelmira publicó la otra mitad en el Manual de Danzas Folclóricas de la Costa Atlántica de Colombia.

Esa última publicación no la vio. En 2001 Delia y Edelmira fueron invitadas a Costa de Marfil, en África, donde deseaban seguir escarbando en la raíz de la negritud colombiana. Pero allá contrajo malaria y murió en Bogotá el 24 de mayo. Sus alumnos y amigos, que eran las mismas personas, bailaron, tocaron y cantaron todas las nueve noches con la puerta abierta: le hicieron su Lumbalú, el bullerengue palenquero de la muerte. Más de 20 años después, el Centro Nacional de las Artes, donde también está el Colón que le abrió las puertas a una mujer afro por primera vez, lleva su nombre.

A stylized illustration of a Black woman with a pink headwrap and a blue garment. The background is a warm orange color with large, soft-edged polka dots and colorful streamers. The name 'JUANA RUIZ' is written in large, bold, white letters with a red outline at the bottom of the image.

**JUANA RUIZ**

## **Y los pedazos de valentía con los que se teje su memoria**

Por: Mariana Escobar Roldán

Si la historia de Juana Ruiz fuera un tapiz gigante, cosido con retazos de su memoria, en el centro, como un corazón desde donde todo nace, estarían los pedazos de su infancia.

Primero, aparecerían las montañas de Catival, un caseño entre San Basilio de Palenque y Mampuján, en Bolívar, donde nació. Allí estaría su padre, Miguel Ruiz, a quien amaba más que a nadie, y saltarían ella y sus 10 hermanos mayores, bajo un verano intenso, en el arroyo Cartuja.

El hilo seguiría hasta el bus en el que Juana, de seis años, y su madre, Carmen Alicia Hernández, se embarcaron a Caracas, Venezuela. Llevaban con ellas dos gallinas y la ropa entre una caja amarrada. El gris pintaría los cielos de este tapiz imaginado, pues en esa ciudad de un país extraño llegó a un barrio tan triste que lo llamaban El Manicomio. Por esos cerros corría el río Guaire, y cuando escuchó por primera vez el escándalo de su cauce, pensó

que, como en casa, habría agua para jugar. Pero no, el Guaire recibía las aguas negras de miles de casas. A Juana le parece, todavía hoy, tener la fetidez metida entre sus narices.

Su mamá se fue como empleada del servicio doméstico interna, y la niña apenas podía verla dos veces al mes. Al cuidado de una señora llamada Magaly, como muchos otros hijos de mujeres negras colombianas que trabajaban en casas de ricos venezolanos, tuvo que aprender sola a peinarse los crespos largos y abundantes, y a tomarse hasta las sopas que no le gustaban.

Fue en Venezuela donde conoció el racismo. En una ocasión, un primo la besó a la fuerza, y ella, en su huida, fue atropellada por un taxi. Cayó al piso y vio llegar a una señora elegante que, en lugar de ayudarla, le gritó al taxista: ¡Déjela que se pare sola, que para eso es negra! La timidez y el pánico la dejaron en silencio, pero hoy sabe muy bien lo que debió responderle: que, sin importar el color, el grupo, el credo, todos los seres humanos merecen que alguien los ayude a levantarse, a limpiarse las heridas y a seguir adelante.

El gris de El Manicomio pronto terminó y, a los 9 años, Juana volvió a ver los azules y los verdes del municipio de María La Baja, donde continuó haciendo la vida. Ya en su adolescencia, al tapiz imaginado le fueron apareciendo otros pedazos: los del conflicto armado.

Por esa época, en marzo del año 2000, llegó a sus oídos que en Mampuján, una comunidad vecina de su familia, con fuertes raíces afrodescendientes, los paramilitares habían masacrado a campesinos, violado a mujeres y desplazado a más de 300 personas. Allí vivía Alex, su enamorado, y quien luego fue su esposo. Juana no dudó en correr e ir a ayudarlos.

La gente estaba asustada y tenía hambre y sed. Con miedo de volver a sus casas, las familias desplazadas se repartieron durante varios meses entre los colegios, los prostíbulos y la Casa de la Cultura de María La Baja. Los hombres tomaban las decisiones y muchos hogares se disolvieron. Las mujeres, quienes se sentían oprimidas, perdían su brillo y su alegría. Por eso, cualquier día de



angustia, Juana citó a varias de sus compañeras para desahogarse y compartir las penas cerca de un arroyo. Sintieron que al final de la sesión había un poco de alivio, y por eso gestionaron para que una psicóloga las siguiera acompañando.

A María La Baja llegó Teresa Geiser, una terapeuta y artista de El Salvador que dio las primeras puntadas para que ese grupo de mujeres hiciera un proceso de duelo, aumentara su resiliencia y hablara de la angustia que el conflicto armado dejaba en esa región. Lo hicieron con la palabra, pero también con hilo, aguja y retazos. Los primeros tapices que elaboraron tenían figuras geométricas sencillas, pero poco a poco se fueron convirtiendo en personas, cultivos, árboles, caminos, animales, casas y recuerdos que contaban el dolor, el miedo, la valentía y la esperanza de ese pueblo.

“Nos íbamos sintiendo muy bien mientras cosíamos. El estrés, la congoja, la autoestima, ya estaban mucho mejor, y es que cuando uno sana heridas, deja de pelear e insultar”, dice Juana Ruiz, la adulta, la que en su propio tapiz lleno de colores, personajes e historias



*Juana Ruiz*

—la vida—, cuenta cómo el arte de coser la transformó a ella y a otras muchas mujeres tristes.

En 2006, y luego de hacer decenas de tapices —pequeños, grandes y gigantes— sobre la violencia y la exclusión, las Tejedoras de Mampuján, como se llama el grupo que conformaron estas lideresas, cosieron otras historias: las del retorno al pueblo, las del folclor de mujeres campesinas y afro, las de los bailes y las de los colores de la vida cotidiana.

Con retazos, Juana plasma la idea de que la violencia contra las mujeres afro viene desde que raptaron y esclavizaron a sus ancestros. Se perpetúa en hogares, espacios públicos y contextos de conflicto armado, si prevalece el silencio; también se rompe levantando la frente con valentía y respondiendo, fuertes y sabias, cada vez que alguien sin escrúpulos dice: “negra tenía que ser”.

Su obra y la de las Tejedoras de Mapuján ha ido por todo el país y el mundo en forma de prendas de vestir, cuadros y utensilios, como prueba viva de que hilo, aguja y unión pueden sanar heridas, desarmar con altura al racismo, restaurar tejido social y empoderar.



**'MARIAMULATA'**  
**JUDITH PINEDO**

*'Mariamulata' Judith Pinedo*

## **Una mujer con alas para abrazar lo colectivo**

Por: Mariana Escobar Roldán

La primera vez que Judith Pinedo tomó conciencia de la desigualdad fue durante una Navidad de su infancia. En su familia, la tradición del Niño Jesús se celebraba con regalos grandes y vistosos para todos los niños. Bajo el árbol, a ella la esperaba la muñeca de moda: hermosa, de cabello largo y ropa de lujo. Marina Mosquera, su amiga e hija de una mujer del Pacífico que cocinaba en casa de unos vecinos, recibió una muñeca de plástico mucho más sencilla. Judith se preguntó por qué Marina, que tenía menos juguetes que ella, no merecía una muñeca como la suya.

Esa inquietud la ha acompañado siempre. Cartagena de Indias, su ciudad, no ha podido salir de un círculo de clasicismo y racismo que se instaló desde sus orígenes, hace más de dos siglos, cuando fue puerto negro y esclavista. Aún hoy, cuenta Judith, si se superponen los mapas de pobreza con los de las comunas de población principalmente afrodescendiente, ambos coinciden y muestran que la precariedad y la exclusión social se entrelazan allí.

Movida por el deseo de acabar con esas viejas costumbres que parecían tan arraigadas, Judith decidió estudiar derecho en la Universidad de Cartagena, una institución pública donde, de casualidad, volvió a ver a su amiga de infancia, cuya madre había emigrado a Venezuela. Marina Mosquera trabajaba con temas sociales en el Círculo de Obreros San Pedro Claver, y Judith comenzó a oírla y a encontrarla en procesos similares a sus luchas por la igualdad.

Por esa época, 1995, un grupo de jóvenes activistas, del que ella hacía parte, comenzaba a alzar vuelo. Se hacían llamar Mariamulata, como el ave más característica de Cartagena, pues sentían que tenían características similares: los machos, negros, y hembras, de un café oscuro casi mestizo así como los colores de piel de la mayoría de los cartageneros. Además, las mariamulatas, que llevan nombre de mujer, no saben volar solas, sino que viven en grandes colonias donde se defienden colectivamente y protegen al débil. De hecho, si un pichón cae del árbol, todas las demás le ayudan a que regrese a su nido.

Mariamulata, el movimiento, decidió entregarle su poderoso nombre a Judith, la principal líder del colectivo. Con

*‘Mariamulata’ Judith Pinedo*

ella, aspiraron al Concejo de Cartagena, donde libraron grandes batallas para poder mirar a la ciudad en toda su dimensión, con tácticas muy distintas a las de la clase política tradicional. “Era un territorio considerado de hombres. Llegar con una visión distinta, y con piel canela o morena, era para ganarse muchos enemigos”, cuenta Judith, o ‘Mariamulata’, cuyo trabajo terminó en la destitución del entonces alcalde Nicolás Curi por irregularidades en contrataciones públicas.

Su proyecto político en el Concejo la llevó aún más lejos. En 2008, ‘Mariamulata’ fue elegida como la primera mujer alcaldesa de Cartagena por voto popular, y logró cosas muy importantes: declarar a la ciudad como libre de analfabetismo, lograr una cobertura total de salud en Cartagena, reducir la pobreza en siete puntos porcentuales y llevar programas universitarios —que solo existían en el centro de la urbe— a muchos barrios populares donde había personas que ni siquiera conocían las murallas.



'Mariamulata' también se propuso pensar en proyectos que pudieran dar soluciones a las malas condiciones de vivienda de muchos cartageneros. Revisó varias propuestas que ya habían sido implementadas en la ciudad, pero solo una cumplía con los requisitos: ofrecer casas frescas, sin hacinamiento y respetuosas con las necesidades y la dignidad de las personas. La propuesta, para su sorpresa, tenía una firma: la de Marina Mosquera, que terminó convirtiéndose en su gerente de Vivienda, "una mujer afro brillante, hija de madre soltera, luchadora y honesta"; así la describe 'Mariamulata'.

'Mariamulata' concluyó su revolucionaria alcaldía en 2011 con una idea: "Que los más pobres y olvidados puedan estudiar es lo que realmente permite cerrar las brechas". Sin embargo, su trayectoria se vio truncada. Grupos de la clase política tradicional la acusaron de haber vendido un lote supuestamente público. La Fiscalía la condenó injustamente a 12 años de cárcel y 'Mariamulata' estuvo tras las rejas entre 2021 y 2023, en plena pandemia por el COVID-19. Ese tiempo, recuerda con pesadumbre, le permitió conocer a muchas mujeres privadas de la libertad que viven el drama de haber

*'Mariamulata' Judith Pinedo*

tenido que dejar a sus hijos solos mientras pagaban por penas menores o que son fruto de la profunda desigualdad en la que han vivido.

La exalcaldesa, que luchó hasta ser absuelta en 2023 de los falsos cargos en su contra, todavía piensa en sus amigas de la cárcel, en lo inútil que es tenerlas privadas de la libertad sin brindarles formación ni cuidados. Instituciones que no aprovecharon ese tiempo para enseñarles oficios, desperdiciando la oportunidad de que, mediante otras alternativas, puedan aportar a la sociedad.

Si 'Mariamulata' vuelve a un cargo público, como lo sueña, quiere asegurarse de que las mujeres en prisión regresen a la libertad con formación, aprendizajes y otra conciencia sobre las conductas delictivas y la justicia. Si 'Mariamulata' vuelve a un cargo público, como de hecho lo está planeando, seguro volverá a pensar en Marina Mosquera como parte de su equipo. Tal vez pronto se encuentre con su amiga de la infancia, quien hoy participa en procesos de formación a mujeres en Pasacaballos, un corregimiento de Cartagena cuya mayor riqueza son las comunidades afro que allí han hecho historia.



**AURORA  
VERGARA FIGUEROA**

## **La fórmula solidaria de una vida digna**

Por: Beatriz  
Valdés Correa

Cuando le preguntan a Aurora Vergara Figueroa por su historia, por cómo logró llegar a ser doctora en Sociología de la Universidad de Massachusett Amherst o la primera ministra de Educación afrocolombiana, ella nunca responde en singular. Aurora, con su voz firme, pero dulce, no habla en clave de “yo”, sino de “nosotros”: ella y su familia, ella y su comunidad, ella y su familia grande: el departamento del Chocó. No lo hace porque le reste importancia a sus esfuerzos, sino porque sabe que en una región en la que el Estado no brinda las condiciones para una vida digna, la gente pone su corazón y su creatividad para conseguirlas.

La historia de Aurora Vergara es el resultado de la movilidad histórica en el Pacífico. Una madre istmineña que se fue a Cali y allí tuvo sus dos hijos, pero que tuvo que volver a Istmina porque su marido fue desaparecido a principios de los años 90 en la ciudad que estaba envuelta en la violencia de los carteles y del conflicto armado. Aurora,

que nació el 14 de mayo de 1987, tenía cuatro años cuando volvieron a Istmina. Por eso se considera una chocona nacida en Cali.

En su casa creció entendiendo el valor de tres cosas: el ahorro, el estudio y el compartir. Cuando era una niña, su madre le sumaba al trabajo de aseo en el Juzgado, la venta de arepas y de fritanga. La labor de Aurora era clasificar el dinero: los billetes y las monedas grandes estaban destinadas a los gastos del hogar, que en ocasiones eran comprar libros; y las pequeñas se guardaban para hacerles arepas a los niños que no tenían alimentos en navidad.

Ahorrar, estudiar y compartir.

Su historia con la academia empezó por un libro y una máquina de escribir. Su madre, que había migrado nuevamente a Cali para trabajar y enviar dinero a sus hijos, compraba una serie de libros que enseñaban a hacer cosas en 90 días. Cuando llegó el ejemplar de cómo aprender a escribir en la máquina, la madre también compró el aparato. Aurora tenía 11 años cuando aprendió la técnica y empezó a trabajar con la Diócesis de Istmina

*Aurora Vergara Figueroa*

transcribiendo los documentos que necesitaran, y luego también con los universitarios y maestros que lo requerían.



El camino que abrió con la máquina de escribir se unió con su formación como maestra en la Escuela Normal de Las Mercedes. A sus 15 años trabajaba con una misión religiosa apoyando y dictando clases a niños y niñas de la zona rural. Eran principios de los años 2000 y andar por los ríos y veredas era, con certeza, bordear el peligro. Una vez llegó a una escuela ocupada por un grupo armado. Ellos, con balas; ella, con cuadernos y lápices, explicó la necesidad de despejar la escuela porque debían dar una clase. Y nada era más importante que eso. El grupo se fue.

Aurora Vergara ya por entonces tenía claro el objetivo que quería seguir, pero no sabía cómo llegar a él. En 2002, cuando terminaba su bachillerato, ocurrió la masacre de Bojayá. La marca de dolor, extensa a todos los chocoanos, palpitaba en ella y la llamaba a pensar en que podía escribir sobre su territorio, escuchar, contar la historia del Chocó. ¿Pero dónde se escribían libros? En la Diócesis.

Entonces quiso ser monja, pero la mamá no dio el permiso. Y luego se abrió el camino. Al finalizar el grado 11 ganó el premio Andrés Bello, que la becó para estudiar Sociología en la Universidad del Valle. De vuelta a Cali, con los 350 mil pesos que había ahorrado trabajando durante seis meses como secretaria en una universidad en Istmina, Aurora alquiló una habitación y comenzó a estudiar. Durante su carrera, la solidaridad nuevamente mostró sus mil rostros: se le acabó la plata y se fue a vivir a la casa de un tío, sus tías le mandaban el dinero que tenían y un profesor la animó a continuar la academia.



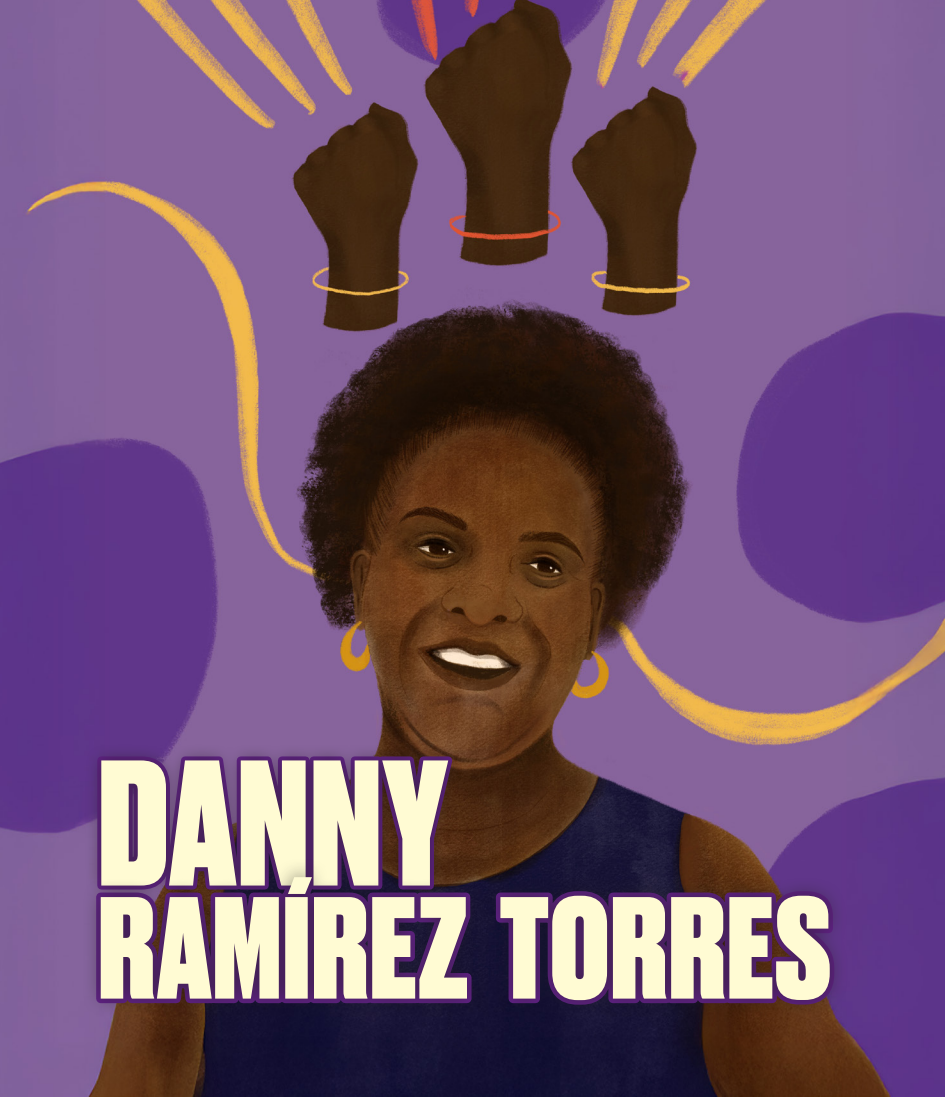
Era un maestro de la Universidad de Massachusetts Amherst que, calificando un trabajo suyo, le dijo que estaba capacitada para hacer un doctorado. También conoció las becas Martin Luther King, que hacen posible que jóvenes afrocolombianas como ella estudien un posgrado en Estados Unidos. Entonces tomó una decisión que requería todo su tiempo: en el día estudiaba en la universidad, en la noche estudiaba inglés apoyada por este programa de becas y en la madrugada trabajaba para una organización de mujeres, que era lo que le permitía sostenerse en Cali. Aurora aspiró a la Universidad de su profesor y entró.

Aurora Vergara Figueroa

Entonces, cuando se le pregunta por cómo llegó a tener una maestría y un doctorado; a hablar inglés; a ser profesora universitaria; a fundar y dirigir el Centro de Estudios Afrodiaspóricos de la Universidad Icesi en Cali; a investigar la relación histórica de los afrocolombianos del Pacífico con la tierra; a hacer una estancia postdoctoral en Harvard; a ser viceministra y ministra de Educación de Colombia; la respuesta es la creatividad y la solidaridad. *“En el Chocó se da lo que se tiene, aunque sea poco, aunque no tenga en qué caerse muerto, tiene algo que compartir”*, ha dicho.

Por eso a través de su trabajo antirracista, Aurora Vergara ha tratado de cambiar la narrativa que muestra al Chocó como un territorio vaciado en el que no pasa nada o pasan solo cosas malas, porque esta idea justifica la inacción estatal: déjenlo morir que allá no pasa nada bueno. Es una mirada racista y, sobre todo, es mentira. El territorio, que es la misma gente que lo habita, es colectivo, e impulsa adelante con la fuerza de varias manos juntas.

Cuando necesitaba apoyo y no sabía si irse a Cali a estudiar, Aurora recibió un consejo de una amiga de una amiga: *“váyase a Cali y vuelva hecha toda una doctora”*, le dijo. Aurora cumplió.



**DANNY  
RAMÍREZ TORRES**

Danny Ramírez Torres

## Una cigarra technicolor

Por: Diego Zambrano  
Benavides

Danzar es una forma de armonizar la vida. Danny estaba convencida de que era así, y por eso su vida siempre fue un baile, uno en el que muchas veces no le fue fácil marcar el compás. Desde que nació y creció en su bello puerto de mar, en su Buenaventura, nunca dejó de bailar.

En 1980, el año en que nació, Buenaventura, en la costa pacífica vallecaucana, era todavía un pueblo tranquilo dedicado a la pesca, la agricultura y la minería artesanal. Pero en las afueras ya empezaba a asomarse el conflicto armado y el narcotráfico, que en los años siguientes marcarían una historia violenta para el puerto. En medio de esos cambios, Danny vivió su infancia y adolescencia en el barrio Bellavista.

Edwin Caicedo fue uno de sus mejores amigos. La conoció desde muy niña y compartieron travesuras. Él recuerda las bromas que le hicieron al sacerdote durante las ceremonias de primera comunión y confirmación. Por eso, Edwin no pudo confirmarse en la fe católica, y ella solo

lo logró después de implorarle al religioso. De esa época, Edwin guarda una foto que atesora: Danny luce un velo, un vestido blanco en capas y sostiene un ramo de flores; él la acompaña con una camisa y guantes blancos, y un pantalón y corbatín grises.

De niños, Edwin y ella soñaban con lo que el futuro les esperaba. Los dos querían ser médicos, pero la vida los llevó por otros caminos. Edwin estudió ingeniería industrial; ella tuvo que esperar algunos años más hasta que, en 2001, ingresó a la Universidad del Pacífico para estudiar sociología.

Danny siempre tuvo esa chispa para construir comunidad, para ayudar y sonreírle a las personas. A través de la sociología encontró una forma de entender mejor lo que pasaba a su alrededor. Ella entendió que estudiar era el camino para cambiar las realidades que más le dolían, sobre todo aquellas violencias que sufrían las mujeres de su pueblo negro.

Hizo una especialización en Gestión Ambiental, pero fue su maestría en Estudios de Género lo que marcó su rumbo profesional. Para graduarse escribió sobre los feminicidios

*Danny Ramírez Torres*

en las economías ilegales de Buenaventura. Sobre todo, la impulsó el feminicidio a manos de un hombre posesivo y celoso de su amiga Yenice, a quien ella llamaba cariñosamente *Cigarra Traslúcida*.

A partir de esa dolorosa experiencia, recopiló testimonios y datos sobre mujeres víctimas de feminicidios cometidos por hombres ligados a la ola de violencia en Buenaventura. Quería demostrar cómo el ser mujer, ser negra y vivir en una zona azotada por el conflicto armado, son realidades que, cuando se unen, hacen que las violencias contra las comunidades afrocolombianas, y en especial contra las mujeres, sean mucho más fuertes y dolorosas.



En 2011, mientras trabajaba en CNOA (Conferencia Nacional de Organizaciones Afrocolombianas), conoció a Adriana Rodríguez, quien se convirtió en una de sus entrañables amigas. Adriana la recuerda como una mujer con una capacidad especial para hablar en espacios dominados por personas blancas, lo que le permitió aprender y formarse sin prejuicios para impulsar mejor las luchas contra el racismo y las violencias de género.



Con esa bandera trabajó toda su vida. Hizo parte del equipo que amplificó la voz de las mujeres negras en el Informe Final de la Comisión de la Verdad, unos documentos en los que, junto a las víctimas, se cuenta lo que ocurrió en Colombia a raíz del conflicto armado desde mediados del siglo pasado hasta que se firmó la paz con las FARC-EP en 2016.

En 2021 llegaron las malas noticias. Le detectaron cáncer, pero en medio de su lucha contra la enfermedad, no dejó de hablar ni de cuidar a las demás. En abril de ese año le hicieron una mastectomía y perdió uno de sus senos. A la par, abrió un blog y creó la iniciativa “De Una Teta”, donde compartió sus reflexiones sobre cómo nos habla el cuerpo, y sobre la importancia de aprender a escucharlo y atenderlo a tiempo. A Danny le encantaba compartir lo que sabía y enseñar todo lo que había aprendido.

No alcanzamos a preguntarle qué consejo les daría a las jóvenes afrocolombianas, pero le consultamos a Edwin y Adriana qué imaginan que diría su amiga. Ellos no tienen dudas: si Danny pudiera hablar contigo, te diría que te sientas orgullosa

Danny Ramírez Torres

de tu color de piel, que te ames tal como eres y que no dejes que nadie te diga lo contrario. También te diría que no dejes de estudiar, porque solo así serás la dueña de tu propio destino.

Danny murió el 17 de julio de 2025, ocho días después de cumplir 45 años. El cáncer que la había afectado años atrás regresó, y esta vez había invadido varias partes de su cuerpo. Danny ya lo sabía y quiso despedirse con una fiesta. Sus amigas y amigos se reunieron con ella en su cumpleaños para homenajearla y decirle adiós como ella lo soñó y como alguna vez lo escribió en su blog: “En este momento quiero que el danzar sea parte de mí, que a donde (...) Danzar y danzar, eso quiero”.

A Danny le gustaba mucho la canción *Como la cigarra*, interpretada por Mercedes Sosa. Ella decía que las mujeres que han sufrido tanto son como las cigarras de la melodía, y aunque tantas veces las mataron, como a su amiga Yenice, y aunque ella misma se fue de este mundo, todas esas cigarras nos dejaron impregnados sus cantos bajo el sol.





Autoras:

Pilar Cuartas Rodríguez

Mariana Escobar Roldán

Beatriz Valdés Correa

Diego Zambrano Benavides